

RESEÑAS

Esther Martínez Luna, editora. *Bicentenario del Diario de México 1805-2005. Los albores de la cultura letrada en el México independiente.* México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2009. 317 pp.

En los últimos años, se han incrementado los estudios multidisciplinarios sobre la prensa hispanoamericana del siglo XIX. El inicio de las conmemoraciones por los bicentenarios de la Independencia ha generado en las academias universitarias una nueva revisión de todas las fuentes y actores vinculados con el proceso; además, la prensa se ha convertido en un objeto privilegiado desde la historia cultural ya que ésta la concibe como medio de formalización y de producción de la realidad mediante sus horizontes de sentido, y como mediadora entre los sujetos y su experiencia. Esta última perspectiva se deriva del “giro lingüístico” en las ciencias sociales y convoca el trabajo simultáneo de comunicólogos, historiadores, literatos y sociólogos, entre otros.

El libro editado por Martínez Luna debe colocarse en una línea de estudios que concentra sus esfuerzos en dilucidar las características, significados y funciones de un

órgano periodístico muy relevante en la historia de una comunidad. Un ejemplo anterior es el libro de Jean Pierre Clément, *El Mercurio Peruano, 1790-1795* (1997). La editora sostiene que el *Diario de México (DM)*, en adelante “resulta ser una realidad textual en la que se proyectan simbólicamente las zonas diversas de la vida colectiva” (8). Martínez Luna también ha publicado *A, B, C, Diario de México (1805-1812): un acercamiento* (2009), libro donde la autora sintetiza sus numerosas y variadas aproximaciones al cotidiano mexicano. La prolongada duración del diario (1805-1817), su centralidad en la cultura letrada novohispana, sus afanes a medio camino entre la divulgación de las ideas ilustradas y la difusión de las formas de sociabilidad moderna, y su ambivalente relación con el poder colonial convierten al *DM* en una fuente excepcional. Por ello, no es de extrañar que se haya acumulado ya una impresionante cantidad de estudios. Las referencias pueden consultarse en la biblio-hemerografía que cierra el volumen.

Este texto está dividido en cuatro secciones (mentalidad letrada, actores políticos, identidad y educación, y hábitos periodísticos) y cuenta con catorce colaboradores.

La primera sección apela al análisis literario de textos y de formaciones discursivas, y al biografismo histórico para abordar algunos aspectos del diario como la sátira o el plagio, o los avatares de Jacobo de Villaurrutia o Fernández de Lizardi, respectivamente. Quizá el aporte conceptual más destacado es el fino análisis de las formas de una “comunidad retórica” en pos de materializar el territorio simbólico de una “república literaria”. Desde la categoría de “cultura política” y el análisis político convencional, las colaboraciones de la segunda sección realizan análisis de la problemática de la autonomía entre los criollos productores del *DM* y su imaginario de personajes políticos. La tercera sección analiza el diálogo entre las representaciones (mujer, educación y costumbres) y las prácticas sociales en una sociedad que intensifica la indagación por sí misma y por las imágenes rectoras que construyen su horizonte de deseos. Finalmente, desde una perspectiva que se nutre de las conocidas propuestas teóricas y metodológicas de Roger Chartier y Robert Darnton, la última sección ofrece una notable contextualización americana y europea del *DM* respecto del novedoso circuito comunicativo que instaura y un fascinante recorrido por las prácticas y los hábitos de los editores, impresores, periodistas y lectores que habitaban esta república de papel.

Leonardo Martínez propone la categoría de “comunidad retórica” para comprender el patrimonio simbólico de los grupos de escritores que formaban el *DM*, los temas y la forma de los debates entre ellos

prueban la existencia de un territorio común que los define (el hegemónico neoclasicismo y la recuperación de la tradición retórica grecolatina). “Escribir imitando” y el dominio de “buen gusto” son algunos de los rasgos de este grupo, que ni están excluidos ni son los escritores privilegiados del orden colonial. Ellos practican un debate racional que los convierte en sujetos que encuentran en esta “república literaria” nuevas formas de comunidad política: un lugar simbólico que los dota de identidad mediante la escritura y la razón.

Apelando al apunte biográfico y a la identificación de sus textos, Sergio Márquez revela la trayectoria de Jacobo de Villaurrutia, uno de los fundadores y colaboradores del *DM*. Bajo el seudónimo de “El Proyectista Pacífico” y otros, este ilustrado propone una serie de reformas para la ciudad y el control social, además de una reforma lingüística, todo ello en pos de alcanzar la “felicidad civil”. El lugar de la enunciación de este escritor a caballo entre la colonia y la república está caracterizado por la autoridad y el saber, su finalidad pragmática, la divulgación de sus conocimientos entre los lectores. Su devenir se inscribe en la antigua analogía del escritor como médico y la sociedad como enfermo que adquiere particular relevancia en el neoclásico.

Mediante análisis de casos, Esther Martínez Luna demuestra cómo la utilidad de la difusión de la buena literatura predominaba sobre los derechos de autoría. Muy lejos de la idea de originalidad o la del autor-genio, la obra literaria era considerada patrimonio de una co-

lectividad; por ello “el plagio y el hurto literario fueron prácticas constantes en los letrados novohispanos, su censura o encomio dependía de la habilidad para zurcir o remendar los textos, así como la buena recreación que se hacía de ellos” (76).

Los usos y la valoración de la sátira a propósito de las polémicas de Lizardi en el *DM* son reseñados por Norma Alfaro, quien señala las altas cualidades de dicho escritor satírico y su capacidad de desplegar sus acerbas críticas sociales bajo un formato discursivo aceptado como necesario por el neoclásico. En la misma dirección, Mariana Ozuna enfatiza que tanto Lizardi como Lacunza (actores de un debate en el *DM*) poseen el mismo “utillaje mental” y se sienten partes de la misma “patria literaria”, la diferencia estriba en que Lacunza y otros concebían a sus lectores instalados en los reinos del “buen gusto” y Lizardi pretendía “enseñar a discernir a un público ignorante” (97); sin embargo, ambos escriben para una comunidad de lectores que no es otra cosa que una metonimia de la imagen nacional de los propios escritores.

Héctor Hernández reconstruye los vínculos políticos entre el diario y los autonomistas criollos, además comprueba la importancia de los procesos judiciales para obtener información de las dinámicas de poder y control sobre la prensa diaria. A diferencia del bisemanario *Mercurio peruano* (1790-1795) que gozaba de la suscripción de las principales autoridades del virreinato, el *Diario de México* estaba obligado a repartir un ejemplar entre las

principales autoridades administrativas, lo que implicaba detraer del tiraje total 51 ejemplares diarios y asumir el costo de dicha distribución. A pesar del decreto IX de las Cortes sobre la libertad de imprenta de 1810, el control sobre el *Diario* se materializaba en la revisión de sus contenidos antes de salir al público y en algunos casos derivaba en la censura de algunos artículos.

Ante la invasión francesa, Camacho y Fragano demuestran cómo los criollos novohispanos ofrecieron una imagen de máxima cohesión y unidad ante la nación política amenazada. En consecuencia, se busca eliminar las denominaciones étnicas y raciales que reflejaban las fisuras de la sociedad (gachupín, criollo, indio, etc.) en pos de ofrecer un solo cuerpo ante el enemigo. Por ello, se idealiza la figura de Fernando VII y se ataca y vilipendia la de Napoleón.

Desde inicios del XIX, en Lima y México, existió una mirada ambigua respecto de las costumbres populares y las diversiones multiclassistas urbanas. Por un lado, se consideraban como rezagos de un pasado y alimento peligroso para las pasiones de la plebe; por el otro, se valoraban como costumbres nacionales que dotaban de cohesión e identidad a la comunidad. En el *DM*, los juegos de carta fueron condenados desde la moral neoclásica; las peleas de gallos, objeto de inquisiciones históricas; y el juego de la pelota, consagrado como práctica nacional. Hernández Pérez traza los usos y costumbres mexicanos formalizados en el diario y las políticas de sus redactores de afirmar un ámbito cultural propio:

el nacionalismo cultural precede a la autonomía política. Las reflexiones sobre la vestimenta como un marcador de clase social y grupo étnico sirvieron también para criticar el afrancesamiento de la sociedad y los gastos excesivos de las mujeres en la moda (tópico que también preocupó a los ilustrados peruanos). Finalmente, el consumo de bebidas como el chocolate y el pulque propugnaron las fuentes espirituosas de un nosotros colectivo. Es curioso que no se mencione el término civilización en el análisis, ya que procesos muy similares de control y disciplinamiento de las costumbres populares en otros países hispanoamericanos se articularon bajo el deseo de emular a las “naciones civilizadas”. Tampoco quedan claros en el análisis los vínculos entre la construcción cultural nacional y la “efervescencia revolucionaria” postulada por el autor, ¿acaso no se concibieron también como parte de una singularidad sociopolítica que seguía perteneciendo a la nación española?

La mujer fue un significante inestable y peligroso para las élites letradas masculinas. Entre el deseo y la protección, entre la seducción y el control, los escritores de la prensa decimonónica nos ofrecen una gama de imágenes que van desde la inocente niña boba hasta la perversa mujer demoníaca. Apelando el microanálisis textual, Roberto Castelán devela con propiedad los peligros que entrañaba una mujer que cultivase exclusivamente “las gracias de su sexo”: la voracidad masculina es la contraparte de la coquetería femenina. La epístola moral analizada dictamina que el hombre

sensato busca esposa en el convento, el internado o en un hogar tradicional, y la mujer seductora termina sola y perdida (171). La mujer es percibida como un ser débil e inferior, plenamente moldeable; por ello, “las novelas y cantares profanos” despiertan y nutren en su corazón “los vicios a que su sexo propende”, el remedio es la instrucción moral, tarea que el propio diario asume. Aquí hay un punto fundacional para la prolongada condena a las mujeres lectoras de novelas que atravesara gran parte del siglo. Aunque atractivo, nos parece poco consistente su intento de establecer una intencionalidad entre el cortejo y la seducción con la situación política novohispana.

Susana Delgado destaca la importancia de los temas educativos en el *DM*. Entre el reconocimiento de la facultad individual del entendimiento y la necesidad social de la ciencia, los articulistas propugnaban variadas visiones educativas, ora tradicionales, ora modernizadas. Desde las que colocaban énfasis en la tarea moral de los padres, hasta las que reclamaban mejores servicios del Estado y de la Iglesia. La autora muestra también el impacto en el *DM* de la educación civil mediante los catecismos cívicos que difundían los principios del liberalismo gaditano.

El notable artículo de Laurence Coudart inserta el *DM* en el contexto de las revoluciones del imperio europeo y la tradición de las publicaciones novohispanas (gacetas, hojas volantes, folletos, etc.). Con un acopio extraordinario de datos y estadísticas comparativas, la autora nos ofrece una visión global de la

materialidad del circuito de la comunicación periodística novohispana antes y después del *DM*. Ella sostiene que el *DM* crea una “nueva economía del tiempo” porque se “acelera el ritmo de la información” y se “mantiene al público en alerta cotidiana” (207). A pesar de su carácter de diario híbrido, “a la vez gaceta literaria y primer cotidiano del país” (208), el *DM* expresa el tiempo presente, el que se está construyendo aquí y ahora y, por lo tanto, contribuye con la secularización de la sociedad.

Las vinculaciones y transformaciones de los géneros literarios y periodísticos son estudiadas por Verónica de León. El ensayo, el epigrama, la fábula, la leyenda, la crónica, la parodia, la farsa o la sátira son los subgéneros literarios más frecuentados en el *DM*. Por otro lado, se empleaba el polisémico término de “artículo” para referirse a la esquila, la noticia informativa, los avisos publicitarios y la epístola. La autora considera a esta última como semejante a las “cartas de los lectores”; sin embargo, se puede distinguir entre la epístola neoclásica construida desde la autoridad y la retórica y las intervenciones de los lectores de carácter más libre y con una perspectiva más informativa que literaria. Esta última forma, posteriormente, dará lugar a los “remitidos” o “comunicados” que pueblan la prensa hispanoamericana del XIX.

Las relaciones ásperas y conflictivas entre *El Pensador mexicano* y el *DM* son analizadas minuciosamente por Columba Galván, quien reconstruye los sucesivos debates que demuestran la importancia de la

crítica y el juicio de las ideas ajenas en los marcos de la prensa y en el horizonte de la divulgación de la Ilustración.

Rosalba Cruz Soto es autora de un texto que supera largamente el acotado artículo erudito y se convierte en un excelente panorama general del *DM* desde las variables del circuito comunicativo (editores, autores, estructura del diario y lectores) como campos en tensión y transformación. Ella sentencia que el *DM* “fue el primero en orientarse hacia el concepto moderno de periódico porque contó con una periodicidad cotidiana, una filosofía periodística y una política editorial” (262). Una experiencia cultural que se enfrenta y se somete al poder político, ofrece una textualidad poblada por numerosas voces y heterogéneas estrategias discursivas, y que apuesta por vivir de sus ventas y suscripciones a pesar de las limitaciones del mercado editorial: todo lo cual es un conjunto de procesos que apunta hacia la modernidad.

Bicentenario del Diario de México es un libro que no sólo ofrece un conjunto de estudios valiosos, sino un modelo de las posibilidades del trabajo multidisciplinario en la valoración de las fuentes periodísticas decimonónicas. En la mayoría de países hispanoamericanos se cuenta ya con modernas historias nacionales de la prensa y numerosas monografías particulares. El paso siguiente es el cada vez más necesario trabajo comparativo regional.

Marcel Velázquez Castro
Universidad Nacional Mayor
de San Marcos